

Fugas

por

Juan de Ros

Ortega y Gasset (1), a su manera sugestiva y aguda, quiere derivar el Cristianismo de su ambiente histórico, como una situación que surge de otra, o una generación que nace de otra. De la situación desesperada del hombre mediterráneo se originó, según la opinión de Ortega, ese arrojo singular que llamamos Cristianismo. Cuando el hombre greco-romano se sintió fracasado, las clases superiores se dedicaron a disimular su fracaso entregándose a la frivolidad del poder, de la riqueza y del lujo. Pero las capas inferiores descubrieron que la riqueza y la sabiduría no resolvían nada: proclamaron que dependían radicalmente de Dios, y así, asiéndose a Dios como desesperados, se salvaron de su situación insopportable. Esta lógica se reviste en Ortega de una gallardía pintoresca, que deja los flancos descubiertos a la agresividad y a la ironía, pero tiene en Europa múltiples representantes, formas y disfraces, que coinciden con ella en lo sustancial.

Nos admira que se pretenda aplicar a la historia una lógica física, inventando leyes que en realidad quieren ser leyes físicas. Pero ¿se puede, ni aun con esa lógica física, explicar la tesis propuesta? Supongamos que la situación

(1) Ortega y Gasset, J., *En torno a Galileo*, Obras Completas, t. V.

del hombre mediterráneo fuese desesperada. Nada es más contrario a la verdad, pues jamás en la historia reinó un optimismo tan desenfrenado (2). Pero, como no nos due-
len prendas, supongamos que en el siglo I antes de Cristo fuese desesperada la situación, porque la vida se había hi-
pertrofiado y complicado hasta el exceso, y el hombre ya no sabía resolver sus propios problemas. Sí: Cicerón no sabía si había dioses, y Varrón citaba 208 opiniones acerca de qué es lo bueno. Supongamos también que esa lógica valiera. Al momento tendríamos que preguntarnos. ¿No nació la filosofía precisamente de una situación desesperada? ¿Pues por qué en aquel caso se repudió la fe y en éste se recurrió a la fe? ¿Por qué no nació el Cristianismo en el siglo VI antes de Cristo, en las colonias griegas del Asia Menor, en lugar de nacer seis siglos más tarde en un pueblo innominado? Humanamente hablando, y no físicamente, es comprensible que un desesperado invoque a los genios de la muerte, mientras otro invoca a los de la embriaguez, y otro empuña la pistola criminal, y otro se dirige a una cartuja. Eso nos hace ver que la vida no se rige ni por la lógica física, ni por la situación trágica, sino por otro factor íntimo. Hay, en efecto, hombres cobardes y valientes, honrados y perversos, trabajadores y desidiosos; es normal que reaccionen en distintos sentidos ante la misma situación. Por eso parece absurdo que decidamos: de tal situación tuvo que surgir tal otra; de una generación tuvo que nacer otra determinada. Nunca jamás fué preciso que surgiera. Porque si admitimos eso, la lógica consecuencia sería ésta: hoy, puesto que la vida se ha hipertrofiado y complicado hasta lo increíble, el hombre estaría rabiosamente desesperado y se produciría irremisiblemente un Cristianismo radical y atroz. Concedamos que las clases superiores de nuestra sociedad pudiesen continuar perdiendo el tiempo y la vida, entretenidas en la frivolidad de sus placeres, pues para eso

(2) Cochrane, Ch. N., *Cristianismo y Cultura Clásica*, Buenos Aires, 1949.

tienen tanto dinero y tantos medios de derrocharlo y para eso abundan cines, bares, teatros, campos de deportes, palacios de cristal, plazas de toros, santuarios y guaridas de esparcimiento, de aturdimiento y éxtasis. Sería de todos modos inevitable que en el torbellino arrebatado de esta hipertrofiada desesperación social que hemos organizado, viéramos “pulular en las capas profundas una muchedumbre de monjes extraños, vestidos de sayal burdo, con una estaca en la mano y un morral al hombro, que reunen a la gente popular y gritan delante de ella”, como dice Ortega en el libro ya citado. Las características no parecen bien elegidas, ya que en nuestra situación, que es la misma del hombre greco-romano elevada al cubo, acontece todo lo contrario. Los que gritan delante de la gente se nutren bien y visiten bien, aunque inviten a la gente popular a empuñar la estaca, no como divisa de pobreza, sino como argumento contundente. Los veríamos, sin duda alguna. “Y sin embargo, no los vemos”, podríamos repetir con Diógenes el cínico. Pero aunque los viéramos, el problema subsiste. ¿Qué podrían gritar tales vagabundos mendicantes? ¿Predicarían que la riqueza es un cepo y que la sabiduría es una trampa, que hemos de ser mansos y humildes de corazón que hemos de entregar la capa a quien nos quite el sayo? Sería demasiada ingenuidad el creerlo, cuando vemos lo que acontece en torno nuestro. Los mendigos corren de puerta en puerta y de ciudad en ciudad con su morral al hombro y no desdeñan la riqueza, sino que se mueren de envidia o luchan como auténticos desesperados por alcanzarla.

Sería verdaderamente maravilloso que, porque Cicerón no sabía si había dioses, los mendigos de Palestina se hubiesen lanzado a inventar el Cristianismo. Los hombres de la estaca y el morral eran justamente los menos hipertrofiados y complicados, vivían sumidos en una beatífica ignorancia y no en los angustiosos vaivenes de la duda. A tales hombres no les quitan el sueño las pruebas de la existen-

cia de Dios ni las 208 opiniones acerca de qué es lo bueno; lo que les quita el sueño es el hambre. Lo bueno para ellos es comer. Lo normal sería que, en lugar de dedicarse a buscar el reino de Dios, esos hombres se dedicasen a buscar el pan de cada día. ¿No sería extraño que fuesen tan optimistas y deliciosos investigadores, mientras sus hijos se estaban muriendo de miseria y su mujer lloraba en algún rincón avergonzada de salir a la calle? Resulta que el Cristianismo no nació en Atenas o en Roma, en aquel ambiente greco-romano, en aquella situación desesperada, sino en el riñón de una comarca semita, simplificada hasta el extremo, en un ambiente patriarcal, propio de los tiempos de Saturno. Los que se debían haber echado el morral a la espalda y empuñado la estaca eran los complicados y angustiados, Cicerón y Varrón, llevando a la cabeza a Octaviano Augusto y a Nerón. En cuyo caso, los que hoy debían empuñar el báculo de la paz y empezar a predicar la caridad delante de las masas son los reyes del petróleo y del hierro, los grandes estadistas, los que no saben si hay Dios, ni siquiera cuántas opiniones hay acerca de qué es lo bueno. Pero, para desgracia de la lógica, Cicerón y Varrón no fueron cristianos, y los filósofos que les siguieron afirmaron que el Cristianismo era una estulticia.

Si el Cristianismo hubiese surgido de una situación, se trataría de un proceso evolutivo y paulatino. Se hubiese ido preparando y madurando, como un Renacimiento, un Protestantismo, un Liberalismo o un Comunismo. Podríamos contemplar su lenta gestación, su avance progresivo y su triunfo, aunque fuese en el espacio de una generación. Porque estamos dispuestos a conceder que una situación puede surgir de otra diferente, mientras se aplique una lógica social y no una lógica física. Pero aconteció que el Cristianismo apareció de pronto un buen día, en cierto lugar. Aunque pueden aducirse muchas circunstancias ocasionales y concomitantes, la causa del Cristianismo no es ninguna de ellas. Ni siquiera vale aquí la teoría del “salto”

marxista, puesto que antes de Cristo no había un sujeto que diera ese salto, y tampoco Cristo dió “saltos”.

¡Qué curioso es que se nos diga que el Cristianismo venía a simplificar la vida! Por el contrario, venía a complicarla extraordinariamente. Los cristianos anuncianaban que había que restaurar todas las cosas en Cristo, y cada restauración era una complicación fenomenal. Cuando los atenienses oyeron a San Pablo hablar de la resurrección de los muertos, se quedaron de una pieza, y no vieron mejor salida que tomarlo a broma. ¡Lo que se complicaría la vida con esa resurrección! Habría que contar con una postvida. Al apelar al tribunal de instancia superior, esta vida ya complicada quedaba en suspenso, con un valor provisional, y todos los juicios humanos quedaban sometidos a revisión y nueva sentencia. ¡Eso sí que era complicar! Aristóteles se había enfurecido contra Platón porque duplicaba el mundo. Pero, además, al remitirse a un Juez Supremo, los hombres tenían que ejecutar las cosas de la vida con una terrible preocupación de decencia y honradez moral, harto difícil de conseguir para los hombres complicados y desesperados. Por consiguiente, el hombre greco-romano, empeñado en que no se complicase más la vida, arremetió contra el Cristianismo con todas sus fuerzas. Recurrió al asesinato, al destierro, a los trabajos forzados, a la esclavitud, a la calumnia, a la filosofía, a la burla, a la expliación, a la tortura y a la violación. A todo recurrió. Cuando el Imperio se rindió al Cristianismo, estaba enteramente bañado de la sangre de sus víctimas, borracho de sangre cristiana. No podrá decirse que el hombre greco-romano no se defendió bien. En su vida hipertrofiada y desesperada contaba, por lo menos, con la mísera consolación de que todo se terminaba con la muerte y de que lo hecho hecho quedaba. Pero los cristianos querían arrebatarle hasta esa ilusión infantil, querían hacerle resucitar para que lo juzgasen como a un esclavo, como a una mujer y como a un bárbaro. ¡Imposible! El ciudadano romano se defendió bravamente. Si

fué vencido, eso se debió a fuerza mayor. Y, claro está, que desde su punto de vista tenía razón al defenderse: ¿por qué habían de complicarle más la vida?

A todo esto, no aparecen por ninguna parte las leyes. ¿Dónde está esa ley que dice que un hombre complicado ha de estar desesperado? Tampoco se descubre esa ley natural que afirma que un hombre desesperado ha de optar irremisiblemente por la pobreza, por la ignorancia, por la caridad, por la humildad y por la metanoia. ¿Y dónde hallaremos una ley que diga que en las épocas desesperadas, las capas superiores siguen cebándose y las inferiores se encargan de renunciar al dinero y a la ciencia para dedicarse a predicar? Mucho menos aparecerá, por mucho que la busquemos, una ley natural por la que los proletarios hambrientos y damnificados hayan de empuñar el báculo de la paz con preferencia a la estaca revolucionaria, o hayan de dedicarse a buscar el reino de Dios en lugar de saciar el hambre de sus hijos. Tales leyes no aparecen por ninguna parte. Y si no aparecen tales leyes, ¿por qué se dice que los acaecimientos históricos tienen que ser así y no de otro modo? Yo digo que la luz recorre tal número de kilómetros por segundo, porque hay una ley. Si la luz pudiera pararse de pronto, o pudiera acelerar su marcha con alguna intención oculta, por ejemplo, para fastidiar a los físicos, éstos no podrían ya decir que la luz tiene que ir y venir de este y del otro modo. Y bien, acontece que los hombres pueden cambiar de rumbo y velocidad sólo por fastidiar a los que buscan leyes. Hasta cierto punto, claro está, ya que su libertad tiene ciertos límites.

Pero lo más curioso, si cabe, es que los filósofos de la historia, al hablar de la aparición del Cristianismo, ignoren la existencia de Cristo, o aparenten ignorarla. Todo su problema se reduce a explicar el Cristianismo sin Cristo. En lugar de explicar que apareció Cristo, nos cuentan que aparecieron unos predicadores ambulantes que vagaban de pueblo con una estaca y un morral. Olvidan, sin embargo, que

también había cristianos adinerados, y San Pablo dice que los había incluso en el mismo palacio de los Césares. ¿Es que éstos no eran cristianos o eran menos cristianos porque carecían del burdo sayal? El Evangelio había explicado desde el principio que la pobreza era un ideal, un consejo, pero de ningún modo un mandato o una necesidad. Verdad es que la primitiva comunidad de Jerusalén ofreció a los apóstoles el precio de sus haberres, llevada del entusiasmo evangélico, pero es verdad también que luego hubo de aceptar la limosna de otras comunidades cristianas que estaban en condiciones de ofrecerla, justamente porque no eran pobres. También es cierto que el Cristianismo hallaba mejor acogida entre los pobres que entre los potentados, pero eso prueba lo difícil que es llegar a la pobreza afectiva si no se está cerca de la pobreza efectiva. Es harto difícil que los ricos entren en el reino de los cielos, según la palabra del Evangelio y según la experiencia cotidiana. El Cristianismo no dijo que el Reino de los Cielos era de Diógenes el cínico. No predicó que Diógenes el cínico, reducido a su cuba, era un modelo de ciudadanos a quien debía imitar Alejandro Magno. Dijo que Diógenes y Alejandro estaban bajo el mismo anatema, porque tan vano era el uno como el otro. San Jerónimo advertía: "Jesús no dijo *Vosotros que lo dejásteis todo*, puesto que eso lo hizo también el filósofo Crates, sino que dijo: *Vosotros, que me habéis seguido*: esto es lo propio de apóstoles y creyentes." Y San Agustín insistía irónicamente: "Voy buscando un pobre y apenas lo encuentro. No os admiréis de que, habiendo por doquier tantos mendigos, busque yo pobres y no los encuentre: busco pobres de corazón."

La esencia del Cristianismo no está en el morral, sino en el corazón.